

APERTURA DEL XXIII CAPITULO GENERAL

Queridos Misioneros:

Bienvenidos todos a este XXIII Capítulo General Ordinario de nuestra amada Congregación. En nombre propio y de todo el Gobierno General doy la bienvenida a los Capitulares y a cuantos colaborarán en la buena marcha del Capítulo como traductores y ayudantes de secretaría y en los diversos servicios. A todos os deseo "Paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo" (Ef 1, 2).

Nos hallamos reunidos cuantos por cargo, elección o designación constituimos este Capítulo. De los 76 miembros, 35 participan por primera vez en un Capítulo General. Los PP. Gustavo Alonso y Ted Cirone son, desde 1967, testigos y artífices del proceso de renovación postconciliar de la Congregación. Merecen un homenaje por la labor realizada. Vamos a tener que compaginar el aprendizaje de los que inician y la paciencia de quienes saben los caminos a seguir.

Desde que se convocó el Capítulo, hemos tenido dos cambios en los Capitulares. El P. Oscar Vélez, Provincial de Colombia Occidental, fue nombrado Obispo de Valledupar (Colombia) y le sustituye el Superior Provincial en funciones, P. Darío Villegas. El P. Dimas González, Provincial de León, se halla enfermo y le sustituye el P. Juan Carlos Rodríguez, Vicario Provincial. A la vez que nos congratulamos con el P. Oscar por su nombramiento como Obispo, oramos por la pronta recuperación del P. Dimas.

Iniciamos nuestras tareas con el deseo de que el tiempo que dure el Capítulo transcurra en aquel clima de serenidad y de bienestar que necesitamos para examinar el estado actual de la Congregación, promover la adecuada renovación dentro de ella y elegir nuevo Gobierno General. Que en el centro de nuestro orar, pensar, hablar, decidir, esté siempre la petición de Jesús al Padre: "Venga a nosotros tu Reino. Hágase tu voluntad".

1. Situarse adecuadamente en el Capítulo

Hemos escuchado lo que dicen las Constituciones y el Directorio sobre el Capítulo General: su naturaleza, sus competencias y su finalidad. Estoy seguro de que aceptamos, sin dificultad, lo que nos dicen nuestros documentos. Sucede, sin embargo, que, por distintos motivos, estamos expuestos a parcializar la comprensión de lo que es un Capítulo y, consiguientemente, a participar en él sin la adecuada implicación.

Entre los religiosos de distintos Institutos existe una impresión bastante común de que los Capítulos no son tan incisivos como debieran ser y producen un cierto desencanto. Esto hace que se espere poco de ellos. Para algunos es frustrante ver que los Capítulos no pasan de expresar buenas intenciones que luego no se traducen en hechos. Estamos cambiando las expresiones con nuevos documentos, pero no se renuevan los modos de pensar y de actuar. Escribir una bella declaración no significa haber introducido una nueva forma de ver, de orientar la vida, de evangelizar.

Por otro lado se constata que algunos llegan aferrados a sus ideas y experiencias creyendo que son el único punto de referencia a seguir, olvidando que la homogeneidad de los Institutos es cosa del pasado y que, hoy, se impone aceptar la pluralidad de culturas, de sensibilidades y de formas diversas de plasmar el estilo de vida que no van contra la unidad del carisma. No faltan, incluso, quienes participan con carácter reivindicativo de los propios intereses de grupo. Analizando más a fondo la carencia de motivación ante los Capítulos se suele aducir como causa el debilitamiento del sentido de pertenencia al propio Instituto. Las bases llegan a ver el Capítulo solamente como un foro de los Capitulares. Se le mira como cosa de "ellos" y no de "nosotros".

No se puede negar que los Capítulos están expuestos, como cualquier acontecimiento humano, a verse rodeados de trampas muy sutiles que les bloquean o les hacen inoperantes. El creer que todo está dicho o rebajar la utopía, el excesivo espiritualismo o intelectualismo, la falta de tacto para acercarse a la realidad, querer decirlo todo y con las expresiones que a cada uno le gustan, etc., son, entre otras, dificultades que hay que sortear y superar.

¿En qué medida nos hallamos reflejados en estos comentarios? Probablemente escasa. Pero podemos aceptarlos como cautelas que nos llegan de la experiencia ajena, que nos ayudan a estar sobre aviso y asumir íntegramente lo que comporta este acontecimiento y la responsabilidad que conlleva para quienes

participamos en él.

Nuestra Congregación ha tenido bastante buena experiencia de sus Capítulos. Siguiendo las orientaciones de la Iglesia, se han logrado los grandes núcleos de la renovación en los años 1967, 1973 y 1979, reafirmando la identidad, la comunión y la misión. Las Constituciones renovadas nos han dado nuevas pautas para celebrarlos y debemos estar agradecidos de lo que ha significado y supuesto para la Congregación haber dado relieve a la persona del claretiano (1985), a la escucha y servicio misionero de la Palabra (1991) y a la dimensión profética en nuestro estilo de vida y misión evangelizadora (1997). Ha crecido la autocomprensión de la Congregación. Ha existido un hilo conductor que nos ha permitido crecer en conciencia y corresponsabilidad en la vida misionera.

Es normal que también nuestros Capítulos hayan contado y seguirán contando con algunas limitaciones en su celebración. A algunos puede molestarles oír siempre las mismas preguntas, pero hay que tener en cuenta que el continuo preguntar es una forma de avanzar, pues aunque las respuestas parecen idénticas, la pregunta aviva la conciencia adormecida y la incita a seguir. A otros les puede molestar la metodología, que, sin querer, convierte al Capítulo en un grupo de redactores de textos. Lo cual habrá que evitar para centrarse en lo que es fundamental.

Me parece más importante fijarse en las palabras del número 153 de las Constituciones que nos recuerdan la impronta carismática del Capítulo y las dos vertientes de nuestra actividad en él: la obediencia al Espíritu y el servicio a nuestros hermanos. Por lo mismo, más allá de lo estrictamente jurídico y organizativo, hemos de colocarnos en la vivencia de nuestro don en la Iglesia y de su dinamismo misionero para confirmar y dinamizar la fidelidad vocacional a nuestros hermanos. La comunidad capitular es una comunidad de discípulos, testigos y profetas; una comunidad de misioneros que, siguiendo el estilo de vida de San Antonio María Claret, se aprestan a escuchar la Palabra de Dios, a descubrir en los signos de los tiempos y de los lugares lo más urgente, oportuno y eficaz para la misión hoy.

La vivencia carismática de nuestra vocación misionera en toda su hondura y extensión da legitimidad al Capítulo y le hace instrumento creíble para fomentar la unidad en la pluralidad, para elegir el Superior General y sus Consejeros y para proponer pautas de comportamiento y de compromiso en la evangelización. Así favorece la red de relaciones vivas en el interior de la comunidad congregacional. Por ser el Capítulo autoridad suprema en la Congregación lo que en él se decida es guía tanto para el Gobierno General como para todos los claretianos.

2. La preparación del Capítulo

Por los medios ordinarios de comunicación de la Congregación habéis podido seguir el proceso de preparación del Capítulo. En diciembre del año 2001 se envió un sondeo a los Gobiernos de los Organismos Mayores sobre posibles contenidos y sugerencias para el Capítulo. El 11 de febrero del 2002 fue anunciado. Habiéndose cumplido todos los pasos previstos con tranquilidad, el 19 de febrero de este año 2003 fue publicada la circular convocatoria.

La Congregación ha respondido a las consultas hechas, tanto para las propuestas de asuntos o temas, como para la elaboración de las Memorias. El Gobierno General se ha ocupado de la preparación de este Capítulo en un buen número de sesiones del Consejo. Nombró una Comisión Coordinadora presidida por el P. María Arul Soosai, Vicario General. Las Comisiones han funcionado con normalidad. Los Capitulares han podido disponer con tiempo del Reglamento y de los textos preparados por las Comisiones precapitulares. Han sido pocas las sugerencias que han llegado directamente al Gobierno General.

Las obras de transformación del edificio del Claretianum han sido agilizadas para poder celebrar este Capítulo en casa propia. La Comisión de acogida se ha ocupado de todo lo necesario para que la Comunidad Capitular pueda desarrollar su vida y trabajo con tranquilidad.

Las Memorias de Gobierno y de Economía y otros informes, elaborados por el Gobierno General o por los encargados de los distintos departamentos, pretenden dar a conocer el estado de la Congregación en sus áreas más importantes. Podrán ser completados con las aportaciones de los Capitulares, sabiendo que lo que se pretende es lograr un acercamiento, lo más ajustado posible, a la realidad congregacional. Esta realidad no nos es extraña; la estamos haciendo entre todos.

3. El sexenio que concluimos

El sexenio que termina hay que valorarlo dentro del itinerario que está siguiendo la Congregación, en

tanto que realidad eclesial y social. La Congregación es una realidad carismática, institucional, misionera que progresa. Tiene una historia y una comprensión bastante precisa de su índole dentro del Pueblo de Dios y siente la urgencia de la inculturación, de la universalidad y de la solidaridad. Es consciente de los logros adquiridos en el proceso de renovación y que no se puede volver atrás en las opciones y preferencias afirmadas en los Capítulos Generales, las cuales han tenido una especial resonancia en los Organismos Mayores. Se sabe depositaria de un rico patrimonio espiritual y misionero que está poniendo al servicio de la construcción del Reino.

En este contexto, los seis años pasados constituyen un paso más en el caminar histórico de la Congregación, dado conjuntamente y ejerciendo los dinamismos de información, participación y corresponsabilidad. Nos hemos movido entre luces y sombras, pero siempre en comunión fraterna y con la mirada en las orientaciones de la Iglesia y del Capítulo anterior. El Gobierno General ha trabajado en equipo, aportando cada uno según sus cualidades y posibilidades. Se ha guiado por el Plan de Acción y por los acuerdos tomados con los Superiores Mayores en el Encuentro de Bangalore (octubre, 1998).

Aunque no hayan faltado momentos de dificultad, la nota común del sexenio transcurrido, ha sido la serenidad propia de la madurez de una comunidad que disfruta de la vivencia del propio carisma y que tiene bien marcadas sus líneas de formación y apostolado y que hace fluir con normalidad la comunicación de bienes. Se ha intentado equilibrar la atención a las áreas de gobierno, espiritualidad, formación, apostolado y economía. Cada una de las partes de las Memorias expresan los proyectos y realizaciones llevados a cabo en la Congregación.

Se ha actualizado el Directorio con los aportes de los Capítulos del 91 y 97. Se ha intentado conjugar lo universal y particular e, igualmente, se ha buscado atender las zonas geográficas. No sólo se puede estar pendiente de la nueva vida que emerge en los continentes de Asia y África. También es preciso cuidar a Europa y América. La Congregación camina a distintas velocidades, según las situaciones de los Organismos que la integran. De ahí el afán por conjugar necesidades de la Congregación y prioridades de los Organismos..

No se ha dejado de insistir en torno a la dimensión profética de nuestro estilo de vida y de nuestro ministerio en Capítulos y Asambleas, en ejercicios espirituales y en encuentros de apostolado, de formación y de economía. La Prefectura de Formación ha publicado "Formación profética claretiana" y la Prefectura de Apostolado ha publicado los materiales del taller realizado en Manila sobre la "Dimensión profética del servicio misionero de la Palabra". Por todo ello se ha podido comprobar que hablar del talante profético en nuestro servicio misionero de la Palabra, en tanto que modo de ser, de actuar y de significar (SP 21), no ha sido una concesión a la temática que está de moda, sino el oportuno modo de responder a los desafíos de evangelización que, en el momento actual, requieren una buena dosis de energía profética. Lo indicaba la exhortación postsinodal "Vita Consecrata" (73, 84-85) y lo repite la instrucción "Caminar desde Cristo" (1, 8, 26, 33, 36). Cabe añadir que la Congregación habrá de continuar por algún tiempo más profundizando y asimilando las exigencias de esta dimensión en nuestra vocación misionera. Con otros términos: hemos de seguir en misión profética, como bien señala ya el Documento de trabajo del Capítulo.

Tenemos algunas nuevas fundaciones en países donde no estaba la Congregación y también en países donde contábamos ya con otras presencias. Lo lógico es que, como había pedido el Capítulo anterior, se hubiera dado preferencia a la consolidación de las fundaciones realizadas en el sexenio precedente. Esto se ha tenido en cuenta, pero no siempre se ha podido llevar a la práctica como se había pensado. Tal vez no hayamos sabido parar las iniciativas que nos han llegado desde los Organismos que querían hacer sus propias fundaciones misioneras. De todos modos, estas nuevas fundaciones son un signo de la vitalidad de una Congregación que sigue optando por la misión ad gentes y por los más desfavorecidos.

Han dado una nota específica al sexenio las importantes y múltiples celebraciones jubilaires, de entre las que destaco: los 150 años de la estancia del P. Claret en Canarias, los 150 años de la fundación de la Congregación, los 150 años de la llegada del P. Claret en Cuba; los centenarios de la muerte del P. José Xifré y del P. Jaime Clotet; igualmente los centenarios de la llegada de los Claretianos a Argentina y a Estados Unidos. También han celebrado sus 75 y 50 años de alguna efeméride importante: Colombia, Venezuela, Filipinas, Japón, Canadá.....

A nivel congregacional las celebraciones más destacadas han sido las de la conmemoración de la Fundación de la Congregación. Las celebraciones fueron orientadas en orden a convertir la herencia en profecía existencial desde el amor a los pobres, el diálogo de la vida, la ternura en el modo de

evangelizar, desde el caminar y trabajar juntos con otros y, siempre, desde la fidelidad creativa (HyP 65 y ss). El programa de celebraciones propuesto por el Gobierno General al anterior Capítulo General se cumplió casi enteramente. El balance de lo que han supuesto estas celebraciones en toda la Congregación lo ofrecí en la clausura, tenida en el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe de México (10, julio, 2000). El conjunto de hechos prueba que una Congregación que hace memoria agradecida y que celebra está viva y revela su esperanza.

Pero también suscita una preocupación: las vocaciones. Celebrar la vida es celebrar el futuro y éste sólo está asegurado si hay nuevas y buenas vocaciones. La Congregación, en algunos Organismos, está sufriendo la carencia de nuevas vocaciones. Esta preocupación, unida a la debida selección, a la acogida, al acompañamiento y a la fidelidad, ha llevado a diversas iniciativas, entre las que cabe destacar la publicación del Directorio vocacional claretiano y la celebración del año de las vocaciones a nivel congregacional y, de modo particular, en algunos Organismos Mayores.

Como he indicado en la circular del pasado mes de Julio: Gracias, perdón y esperanza, ante la realidad de la Congregación uno se sitúa entre la admiración y la preocupación. La comunidad congregacional es todo un misterio de vida, con muchos dones y mucha fuerza creativa que viene de lo alto y que no se sabe la densidad y capacidad de expansión que comporta. Por otro lado, la preocupación por la fragilidad, por los límites y por los pecados. No siempre estamos a la altura de las exigencias de nuestra vocación misionera. No son propuestas las que nos faltan, sino energías y coherencia para vivir radicalmente el proyecto de vida abrazado. Tengo la impresión de que hemos perdido mordiente en el testimonio de nuestra vida. Tal vez no hemos asumido lo que quisimos decirnos cuando nos propusimos en el Capítulo anterior fomentar la "profecía de la vida ordinaria".

No nos hemos librado en este sexenio de algún sobresalto, que luego ha resultado ser estimulante. Me refiero al secuestro del P. Rohel Gallardo y de los miembros de la comunidad educativa en Basilan. Su muerte impresionó y queda como testimonio de fidelidad.

Las sombras oscuras no son aquellas que proceden de la habitual fragilidad humana, de las cuales tenemos que purificarnos constantemente, sino las huellas que dejan quienes se salen de lo normal. Me refiero a quienes se separan de la Congregación y quienes, incluso, abandonan el ministerio sacerdotal; quienes piden pasar al clero secular sin aparentes razones objetivas, lo cual cuestiona con qué identidad se está viviendo la vocación claretiana; y quienes con sus malos ejemplos hacen mucho mal a otras personas.

4. Momento en que se celebra el Capítulo

Poco han cambiado las circunstancias descritas en las circulares de Anuncio y Convocatoria del Capítulo. Por eso, en este punto me remito a lo que dije entonces. Tienen en las carpetas ambos textos. Añado algo sobre el momento crítico que vive la vida religiosa en la Iglesia. Mientras que el Magisterio Pontificio respalda firme e inequívocamente a la vida religiosa, en otras esferas eclesiales "no se le tiene en la debida consideración e, incluso, se da una desconfianza frente a ella" (Caminar desde Cristo, 12). Se vuelve, tal vez sin pretenderlo, al "duo genera christianorum" de Graciano: jerarquía y laicado. Lo lamentable es que también entre nosotros, inconscientemente, crece el número de quienes viven más desde la pertenencia al presbiterio que a la propia comunidad claretiana, la cual –toda ella- está inserta y al servicio de la Iglesia particular. En tanto que religiosos, estamos llamados a ejercer la profecía de la resistencia, reafirmando con fidelidad creativa el valor esencial de la vida consagrada en la Iglesia, pues pertenece a su vida, a su santidad y a su misión (VC 3). El P. Fundador, recordando las palabras de Santa Teresa de Jesús, decía: "¡Qué sería el mundo si no fuera por los religiosos!" (EE, BAC, p. 414).

Por otro lado, tal vez tengamos que hacer una lectura más generosa y positiva, más misionera y más confiada de la realidad mundial y eclesial. También el nuestro es tiempo de salvación y de renovación. Hay muchos elementos de vida nueva que están emergiendo y nosotros, como vigías en atalayas, tenemos que anunciar y denunciar; y, como misioneros, hemos de discernir e intentar que todo adquiera sentido en el plan de salvación.

5. Asuntos de especial preocupación

Todos los miembros de la Congregación directa o a través de sus Organismos han podido enviar propuestas para el Capítulo. Teniéndolas en cuenta, la Comisión Preparatoria elaboró el Documento de Trabajo que conocemos. En él se señalan los temas o asuntos más importantes y se ofrecen las orientaciones para futuro inmediato de la Congregación. Es el Capítulo quien tiene que aceptar que se

someta a estudio el contenido de dicho Documento.

Sin entrar en valoraciones al respecto, voy a subrayar aquellos puntos sobre los que hoy la Congregación debería fijar la atención, precisamente para seguir caminando y poder adquirir metas superiores. Doy por supuesto la prioridad de las vocaciones, en la que hemos estado insistiendo a lo largo de sexenio y sigue manteniendo su urgencia.

Seguimos “en misión profética” con nuevos acentos

La misión evangelizadora es la razón de ser de nuestra vocación. Volver sobre ella no es reiteración, sino exigencia intrínseca de fidelidad. Durante estos últimos años, se ha venido hablando de si era o no conveniente hacer, por llamarla de alguna manera, una nueva MCH. Luego se ha dejado de hablar. Tal vez, sin darnos cuenta la estamos haciendo. Quienes lean con detención lo escrito en el Documento de trabajo, descubrirán que hay referencias suficientes para comprender que la comprensión de la misión evangelizadora ha supuesto un cambio de preocupaciones bastante importantes. No es de extrañar si consideramos que la misión siempre está abierta y se recrea continuamente al ir dando respuesta a los desafíos, que no son simples hechos históricos, sino interpelaciones que Dios nos hace para obrar comprometidamente según sus proyectos revelados en el acontecer de los tiempos.

Por primera vez en la historia de la Iglesia se han celebrado Sínodos continentales y todos han tenido como tema la evangelización. Al margen de las cuestiones discutidas sobre el lugar y modo de celebrarse, hay que reconocer que ha sido un acontecimiento eclesial sin precedentes. Merece la pena reparar en cómo la Iglesia entra en un proceso de sinodalidad, en el que todas las formas de vida cristiana se interrelacionen y complementan, y de atender todos los contextos para una adecuada evangelización. Ministros ordenados, consagrados y seculares están convocados a recorrer juntos caminos de santidad y de colaboración en la transformación del mundo según el designio de Dios (misión compartida). Al mismo tiempo, es preciso darse cuenta de que la misión evangelizadora de la Iglesia se enfrenta a interrogantes del hombre de hoy cuyo alcance es planetario. Nadie es autosuficiente ni tiene la palabra definitiva para dar la respuesta a un problema, por eso es imprescindible contar con que todos somos interdependientes.

El Gobierno General ha pedido a cuatro Capitulares que mañana nos expongan los desafíos que destacan las Exhortaciones postsinodales de la Iglesia en África, en América, en Asia y en Europa. En cada continente la evangelización adopta una modalidad diversa, según las culturas y religiones y según las exigencias de la misma Iglesia. Pero siempre la misión queda abierta para el diálogo, la correlación, el intercambio.

La Iglesia, para su actividad misionera, postula hoy talante profético. Enfatiza la apertura al don de Dios, el testimonio personal y comunitario, el diálogo de vida, la sanación de la memoria y la reconciliación, la paz, la justicia y la salvaguarda de la creación, la solidaridad y la fraternidad universal. A la vez que denuncia los fundamentalismos y totalitarismos, las corrupciones políticas, la guerra y toda forma de injusticia, invita a la conversión y a proclamar el Reino de Dios con toda su hondura, exigencia y extensión. Pide que los evangelizadores cultiven actitudes de humildad, escucha y conversión; que fomenten la reconciliación, el acompañamiento y la “parresía”. Puede que los medios tengan que ser los mismos, si no se logra mayor creatividad, pero lo que sí cambia es la perspectiva de su uso, ya que no se puede confundir la misión con las obras que hacemos. Lo que autentifica la evangelización es la fe del discípulo, del apóstol, que se hace epifanía y profecía de los valores del Reino desde su vida entregada por los demás hasta el final.

La misión hoy no se presenta sólo como acción, sino como contemplación y agradecimiento. También como pasión. Y no es sólo “ir a”, sino “sumergirse en”. Siguen siendo actuales las palabras de Pablo VI: “Para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación” (EN, 19). Por lo cual la inculturación está presente en todos los Sínodos continentales como una de las notas esenciales a la evangelización y un revulsivo para poner de relieve el puesto e importancia que tiene la Iglesia local.

En la preparación de este Capítulo han tenido eco las experiencias y los esfuerzos de reflexión realizados por los miembros de la Congregación en los distintos campos sobre las líneas dadas por los Capítulos Generales. Con el apoyo de la Prefectura General de Apostolado y el de las distintas Conferencias se han celebrado muchos encuentros de misiones, parroquias y colegios, talleres y semanas temáticas. Este

valioso caudal, inspirado en nuestro carisma, ha sido tenido en cuenta para reafirmar nuestra misión evangelizadora en los próximos años.

Si, a fuerza de insistir, logramos identificarnos con el talante profético de nuestro Fundador, creceremos en libertad de espíritu y en inconformismo, superaremos las tentaciones de la rutina y del aburguesamiento, y aumentaremos en inspiración y dinamismo misionero.

En este contexto adquieren sentido las constataciones y propuestas del Documento de trabajo capitular: "Yo he venido para que tengan vida". Considero que es una relectura de la misión de la Congregación para los próximos años. Seguimos en misión profética para que tengan vida. Para eso hemos nacido en la Iglesia, para proclamar el evangelio de la vida, que es evangelio de verdad y de gracia, de paz y de justicia, de fraternidad y de salvación. Pero nuestra misión profética en estos próximos años tiene que arraigarse más en la experiencia de la vida de Jesús y en su deseo de hacer un Pueblo liberado y redimido (Lc 4, 18 ss), en el compartir nuestra misión con cuantos buscan la transformación del mundo según el designio de salvación y en el afán de que llegue a crecer toda semilla del Verbo, sea cual sea el terreno cultural o religioso donde se halle.

Intensificar la espiritualidad misionera

La crisis que nos hace zozobrar en nuestro caminar, y a veces caer, no es la de finalidad, sino la de fundamento. Desde el Capítulo General de 1985 vienen haciendo eco aquellas palabras del CPR, 46: "Constatamos en las personas una cierta atonía espiritual y una falta de mística y de utopía evangélica a la medida de nuestra misión. Nos damos cuenta de que no podemos secundar las opciones y sujetos preferenciales de nuestra misión si cada uno no interioriza, en términos de conversión personal, la experiencia única de la gracia vocacional, acogida, cuidada en una vida espiritual seria y en una vida de comunidad siempre disponible para dar respuesta a lo más urgente, oportuno y eficaz,. El proceso de renovación supone, como propia fuente, la novedad del Espíritu de Cristo".

La espiritualidad hay que entenderla como una peculiar forma de seguir a Jesús, de vivir en Jesús según el Espíritu, quien en cada uno de los momentos y en cada circunstancia de la historia nos induce a vivir en plenitud la filiación, la fraternidad y la misión. De la importancia que demos a la espiritualidad va a depender "la fecundidad apostólica, la generosidad en el amor a los pobres y el mismo atractivo vocacional ante las nuevas generaciones" (VC 93).

Se celebró el Congreso de Espiritualidad. Desde luego que no se celebró para poder decir ahora que se ha cumplido algo que estaba indicado en el Plan de acción y que fue ratificado por los Superiores Mayores en Bangalore. Tampoco se celebró para, como pedían algunos, concordar los núcleos y dinamisismos que configuran el itinerario espiritual de las personas y de las comunidades en la Congregación. Aunque era un buen objetivo, no era suficiente. En la inauguración del Congreso dije: "En estos momentos nadie puede contentarse con describir una espiritualidad bien organizada, estandarizada y puntuable. Vivimos en una época de lo efímero, del fragmento, de lo imprevisto, y, por lo mismo, necesitamos aquella fuerza que nos permita reconstruir constantemente la unidad en la variedad y la complejidad. Si nos contentáramos con afirmar lo que ya tenemos y conocemos como itinerario espiritual, no habríamos logrado lo que considero más importante: adentrarnos en la corriente de vida originada por el Espíritu en el corazón misionero de Claret, en la comunidad primitiva y en cuantos nos la han transmitido hasta el presente como impulso profético y escatológico amando y sirviendo el Evangelio hasta el final. Insisto en que nuestra vocación comporta radicalismo y generosidad (fruto de la caridad apostólica) sin límites y no la pueden responder sino quienes están llenos de la palabra de fuego de los profetas, poseen la parresía de los apóstoles y cuentan con el atrevimiento de los mártires. Esto es muy importante para la selección vocacional, para el discernimiento de los formandos antes de las profesiones perpetuas y de las ordenaciones".

Estamos llamados a la santidad, a crecer en el seguimiento y la configuración con Cristo según el Espíritu. Pero es imposible crecer y configurarse sin abrazar el estilo de vida pobre y obediente de Jesús, sin vivir las bienaventuranzas, sin asumir la cruz de cada día en el ministerio. Un claretiano verdaderamente espiritual es un hombre libre interiormente, abierto, tolerante y bien dispuesto para cualquier empeño. A la vez, supera sin dificultad los grandes peligros que, en el momento presente, tenemos los religiosos: el voluntarismo, el neognosticismo y la mediocridad. Vive entre múltiples relaciones, porque ésta es la condición de nuestra vocación, pero precisa un fuerte sentido de pertenencia y actuar en fidelidad creativa.

Seguimos necesitando vivir una honda espiritualidad, que es exigencia intrínseca de la dimensión profética de nuestro servicio misionero de la Palabra, tal y como nos lo propone el documento del Congreso. La Instrucción "Caminar desde Cristo" (CIVCSVA, Roma 2002) dedica la parte central a "la vida espiritual en primer lugar". Por eso, el Congreso no fue un punto de llegada, sino un punto de partida. La propuesta de que el Documento del Congreso fuese reafirmado por el Capítulo, no está exenta de razón. Fue todo un itinerario de sensibilización y se recibieron aportes de todas partes sobre las notas esenciales de nuestra espiritualidad misionera.

La espiritualidad, que invade nuestro ministerio y sin la cual bien poco haríamos, no se improvisa y ha de venir siendo cultivada desde el discernimiento vocacional y los años de formación. Todos, pero especialmente las jóvenes generaciones, estamos expuestos al continuo bombardeo de impresiones; nos subyuga el inmediatismo y el presentismo; acusamos fácilmente la fragilidad y nos movemos cómodamente entre fidelidades a corto plazo. Por eso hemos de entrenarnos más en la gratuidad, en la concentración y en la oración asidua. Tenemos que vivir con suma seriedad.

Empeñarse en recorrer la vía de la interculturalidad

La Congregación ha ido haciéndose presente en diversas culturas y naciones. Es motivo de gozo ver que el carisma claretiano arraiga por doquier y es una gran riqueza que aumenta la esperanza. Se puede decir que cada nueva presencia y servicio evangelizador es como una "refundación", pues hace renacer y crecer el carisma del Fundador. Podemos apreciar cómo se está dando un pluricentrismo congregacional. Pero estar en muchas naciones y tener miembros de muchas culturas no quiere decir que hayamos logrado la cota de internacionalidad e interculturalidad deseable.

Disfrutamos, gracias a Dios, de un buen grado de comunión entre nosotros. No se aprecian divisiones, ni conflictos, ni tensiones graves. A pesar de ello, la Congregación, por su condición misionera, tiene que empeñarse en recorrer la vida de la interculturalidad. Como realidad social y eclesial que es, ha de asumir el creciente fenómeno de la multiculturalidad, sobre todo en las grandes urbes, pero como comunidad misionera ha de ejercer el profetismo desde la propia vida comunitaria donde se hace epifanía y anuncio del Reino. El primer signo de una comunidad misionera, donde se experimenta la multiculturalidad, es la paz, la benevolencia y la fraternidad. Una comunidad claretiana pluricultural ha de manifestar que es capaz de superar todo tipo de barreras: situaciones geográficas, condiciones sociales, lenguas, costumbres, historia de los pueblos a los que se pertenece. A la vez, ha de hacer una propuesta de convivencia ciudadana y de vida cristiana en comunidad donde queden articuladas las diferencias.

Cuando se habla de interculturalidad, o mejor de relaciones interculturales, no se ha de reducir el tema a lograr una adecuada composición y buena armonía entre las personas que constituyen las comunidades pluriculturales. Es un proceso en el que quedan afectadas todas las áreas de la vida misionera: espiritualidad, selección vocacional, formación, gobierno, apostolado y economía. Obliga a estudiar más el carisma y discernir lo esencial y lo que es propio de un contexto.

Empeñarse en recorrer la vía de la interculturalidad supone, pues, algo más que aceptar la composición plural de origen. No basta la tolerancia, ni hablar la misma lengua. Requiere un positivo esfuerzo para ir más allá de la propia cultura, pensar desde el otro y adoptar un correcto modo de situarse en relación con él, que no es un rival, sino un hermano. Hay que adoptar una nueva forma de pensar, de relacionarse, de comportarse, de trabajar, de celebrar, de convivir. Implica entrar en un proceso de intercambio y respeto recíproco de culturas diversas, de historias y sensibilidades, de sentimientos y experiencias de pertenencia, de costumbres y tradiciones. En definitiva, es entrar y moverse dentro de una nueva escala de valores, la cual exige un auténtico "desarme cultural" y reconciliarse con la historia. Sólo así se pueden evitar prejuicios, estereotipos y proyecciones distorsionadas que incapacitan para el diálogo, la confianza y la buena relación; y se hará posible una efectiva y mayor participación y corresponsabilidad dentro de la formación y del gobierno en las diversas estancias.

Para recorrer un adecuado itinerario de interculturalidad es preciso aceptar la pluralidad y abandonar el pensamiento único o la homogeneización. Es preciso abrirse a la circularidad de los puntos de vista, ver la interconexión de los valores diferentes, fomentar el pensamiento positivo e inclusivo y abrirse al mutuo enriquecimiento. Es así como se va descubriendo una nueva visión del mundo y se va produciendo una nueva forma de colocarse ante los demás. Es una nueva forma de humanización y de cristianización. Es probable que no falten tensiones, desavenencias y conflictos. Por eso, se hace más necesario asumir como actitudes el respeto, la tolerancia, la conversión y la reconciliación. También la comprensión sobre la lentitud en el trabajo, que, tal vez no sea tan rápido ni eficaz. Quien se adentra en este camino verá

que no puede estar invocando la diversidad para defender posturas egoístas.

Algunos Organismos de la Congregación padecen una larga desertización vocacional y han aumentado considerablemente el número de ancianos y enfermos. Otros tienen un mínimo de candidatos que difícilmente se pueden mantener por mucho tiempo. Son Organismos donde la Congregación está arraigada, atiende obras de importancia y de las que se reciben fuertes apoyos económicos. El Capítulo tendrá que pronunciarse sobre cómo asegurar la continuidad de vida misionera en estos lugares. Pero, porque no todo se resuelve con el simple envío de personas de Organismos donde son mayoritariamente jóvenes, es preciso crear una mentalidad corporativa, congregacional, universalista, que favorezca la disponibilidad para asumir destinos y trabajos en los que hasta ahora no se había uno iniciado. A la vez, es imprescindible esforzarse en acoger y acompañar a quienes llegan para que puedan inculturarse armónica y satisfactoriamente. Cada vez habrá que planificar más experiencias de intercambio entre jóvenes y no tan jóvenes de un país y otro y más centros de formación intercultural. Proseguir la reorganización de la Congregación.

Sobre la reorganización de la Congregación se viene hablando desde el Capítulo de 1979. Han ido variando los matices, pero sustancialmente la preocupación fundamental es el mejor servicio misionero de la Congregación. La pregunta clave sigue siendo: ¿Cómo organizarnos para servir mejor como misioneros?

Casi todos los Institutos Religiosos están empeñados en hacer su propia reorganización. Muchos de ellos no ocultan que debajo está la disminución de miembros, el aumento de edad y la incapacidad de llevar adelante tantas obras. Entre nosotros, aunque en algunos Organismos se den estos factores y exija su peculiar atención, la reorganización viene exigida por otras razones. Primera, las prioridades misioneras que se ha marcado la Congregación en los sucesivos Capítulos; segunda, la realidad gozosa del aumento de vocaciones en distintas naciones, que conlleva una responsabilidad en el acompañamiento y en la formación; tercera, la necesidad de personal cualificado para preparar líderes de evangelización (consagrados, ministros ordenados y laicos) y realizar otros servicios pastorales que exigen profesionalidad.

En estos últimos años se han ido dando pasos en esta reestructuración, que admite niveles diferentes: revisión de posiciones locales, la colaboración entre Organismos en servicios pastorales, reagrupación de centros formativos, cambio de estatuto jurídico en algunos Organismos Mayores. La revisión de posiciones y la colaboración siguen con normalidad su curso en los Organismos. El tema se vuelve más delicado cuando se piensa en la reestructuración de Organismos Mayores.

Son conocidos, o los verán en la Memoria, los cambios jurídicos dados en este sexenio. Pero, ¿la Congregación puede continuar estructuralmente como está? El Gobierno General piensa que no. Varios Organismos Mayores, sean Provincias o Delegaciones Independientes, requieren ayuda del Gobierno General y éste ve muy difícil poderla ofrecer sin tener que desarticular la marcha normal de otros Organismos. Para algunos el problema no se hubiera creado, al menos en parte, si no se hubieran fundado tantas misiones. Respetando esta opinión, tengo que decir que las necesidades de los Organismos que piden ayuda, no se hubieran cubierto con el personal que ha ido a fundar nuevas misiones. Y, en cualquier caso, la Congregación se hubiera visto privada de una expresión de energía y vitalidad misionera que hace posible la esperanza de la misma Congregación. Por lo cual, creo que lo oportuno es revisar la organización de la Congregación y, desde nuevas demarcaciones, como lo están haciendo muchos otros Institutos, atender prioridades misioneras y servicios cualificados. En el fondo no es más que aplicar el principio de que los medios y estructuras en la Congregación están supeditados a la misión. La constatación es elemental, pero hay que atreverse a sacar las consecuencias.

El tema es complejo para abordarlo en el Capítulo, pero éste puede dar una palabra más firme y apoyar más decididamente al nuevo Gobierno General para continuar este proceso.

Apoyar el desarrollo de la economía

Después de los Consejos de Economía ha sido frecuente decir que la Congregación goza de buena salud económica. Y es verdad si sólo se mira el plano de la subsistencia y el aspecto administrativo. Otra apreciación se puede tener al observar la compleja realidad congregacional y las necesidades que surgen para llevar adelante la acogida de vocaciones, la formación, las nuevas misiones, los centros especializados y otras actividades apostólicas. Cuando se examinan con ojos misioneros las necesidades y posibilidades y se ve que no se llega a todo lo que se podría hacer, cae uno en la cuenta del valor determinante de la economía en una Congregación como la nuestra.

Si hablo de este tema en la sesión inaugural del Capítulo es porque la economía es algo que nos afecta a todos. Las cuestiones técnicas pertenecen a los técnicos, pero la corresponsabilidad en el uso y la administración de los bienes es asunto de todos. Todos estamos convencidos de que si queremos promover la formación especializada, si queremos dotar de medios necesarios a los Centros Superiores Universitarios, si queremos contar con servicios apostólicos adecuados para responder a las necesidades de hoy, si queremos abrir nuevas presencias de misión, sobre todo en los lugares donde es imposible adquirir financiamiento de las mismas, nos debemos interesar por la economía, por la preparación de personas y de estructuras que permitan adquirir recursos.

Hay que reconocer que, durante este sexenio, ha habido experiencias muy positivas de solidaridad congregacional. Aparte de la habitual comunicación de bienes, algunos Organismos han hecho aportaciones económicas altamente significativas que han permitido realizar varios seminarios y cubrir otras necesidades en la formación. Fue ejemplar la respuesta de muchos Organismos ante la situación creada por la guerra en nuestras casas y obras en Timor Oriental.

En el anterior Capítulo General se pidió al Gobierno General que se aumentase el capital de reserva. Se ha logrado elevarlo un poco, si bien se ha invertido en obras como ésta del Claretianum. Pero no hemos encontrado aún la fórmula que haga realidad el deseo de que los Organismos sean autosuficientes. El Fondo de ayuda y el Fondo Cultural no son suficientes para cubrir proyectos que vemos se podrían realizar.

Seguimos con desequilibrios que nos tienen que hacer pensar. Los Organismos más necesitados económicamente tienen buen número de vocaciones y procuran consolidar la vida de la Congregación en los países donde se hallan, ayudan a otros Organismos de la Congregación y fundan sus propias misiones, las cuales, a su vez, demandan ayuda económica. Otro desequilibrio se advierte en la diferente situación que tienen las misiones que dependen de Organismos autosuficientes y la situación de las misiones que dependen de Organismos no suficientes económicamente. Por otro lado, tenemos Organismos que, a la vez que sufren la "sequía vocacional", aumenta la edad y disminuyen numéricamente. Lo cual implica descenso de ingresos económicos y reducción del aporte a la comunicación de bienes.

Hemos de alegrarnos por el crecimiento de la conciencia y el compromiso de los claretianos ante la lacerante realidad social: pobreza, marginación, hambre, los sin tierra o los sin techo, etc. Ha aumentado entre nosotros la solidaridad con quienes están cerca y sufren necesidad y se han creado instituciones de promoción humana. Lo cual ha influido en la canalización del uso de los ingresos. ¿No tendríamos crecer en austeridad, personal y comunitaria, y en desprendimiento? Hoy se tiene menos interés por fundar becas para seminaristas claretianos y no se tienen tanto en consideración las necesidades de los propios hermanos pobres que están lejos. Algunas Provincias nunca podrán aumentar la cuota para ayudar a los demás porque siempre tienen proyectos que realizar para mejorar edificios o emprender nuevas y costosas iniciativas. Todo lo que tienen les parece insuficiente para engrandecer lo propio, pero olvidan que compartir es esencial a nuestra vida misionera.

Las Constituciones, al hablar del testimonio colectivo de pobreza que se ha de dar en la Congregación y en nuestras comunidades, indican que se tengan en cuenta "las circunstancias de los distintos lugares". No podemos pensar un estilo de vida claretiano igual en todo el mundo, sabiendo que son tan distintos los contextos sociales, culturales y económicos. Pero debemos, eso sí, procurar que nuestros hermanos, en cualquier parte del mundo, vivan de manera digna y aceptable, sabiendo que no pueden desentenderse de la vinculación que tienen con el pueblo donde viven. En un pueblo rico se ha de vivir austeramente para compartir con quienes padecen necesidades. Así expresamos nuestra pertenencia. Por lo tanto: "dé cada uno según sus posibilidades, y pida cada uno según sus necesidades".

Con estas observaciones sólo se trata de abrir los ojos y mirar al futuro con realismo. Si queremos una Congregación más cualificada y comprometida en los diversos lugares, necesitamos empeñarnos en hacer crecer la economía y tener un más ordenado ejercicio de la solidaridad.

Conclusión

Hemos preparado entre todos el Capítulo y vamos a celebrarlo abiertos al paso de Dios por la historia. Muchas gentes de los distintos pueblos, muchas Iglesias particulares, muchos Institutos de vida consagrada y, sobre todo, todos nuestros hermanos claretianos, están mirando hacia nosotros. Quieren vernos signo de comunión y servidores de esperanza. No les defraudemos. Ayudemos a nacer una nueva

aurora para la Congregación.

Son días de gozo y de trabajo intenso. Jesús nos sigue ofreciendo su Palabra y nos sigue alimentando con su cuerpo cada día. Nos acompañan María, Madre de la Congregación, el P. Fundador y los a Beatos Mártires Barbastro.

Decía San Agustín: "Mucho es lo que Dios promete para el futuro, pero es mucho más lo que recordamos que ha hecho ya por nosotros". Por eso os invito a orar con el salmista:
"Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia".

"¡ Oh Dios, que te alaben los pueblos; que todos los pueblos te alaben!"

Con esta exclamación de agradecimiento y confesión en la misericordia de Dios, queda abierto el XXIII Capítulo General Ordinario de la Congregación.

Roma, 19 de agosto, 2003.
Aquilino Bocos Merino, C.M.F.
Superior General